



### UN ERROR METAFÓRICO

Todo comenzó por un equívoco metafórico. Trataba de rehacer mi vida sentimental tras el divorcio, una depresión y dos años de sequía sexual. El único consuelo era mi perrita Marilín, una chihuahua inquieta y vivaz, contrapunto a la melancolía.

Alguien me dijo que probase en Internet, allí las tías no se andaban con tonterías. En pocos días me hice con los rudimentos del cortejo electrónico. Yogui,

mi nombre de batalla, resultó simpático, pero las citas al final se malograban y volvió la depresión. Entonces apareció aquella mujer. Firmaba como Tecla.

-Un nombre original. ¿Qué, por tu habilidad con el ordenador?

-Ya quisiera. Es por lo de Santa Tecla de Icono, mártir del cristianismo. Me falta un brazo como a ella.

¡Mala suerte, una tullida!

En realidad se trataba de una broma y nos hicimos inseparables en el chat. A la segunda semana concertamos la primera cita. La víspera ella calentó el ambiente y elevó las expectativas.

-También yo llevo un tiempo largo de sequía. Añoro encontrarme con un hombre de verdad, alguien dispuesto a saltar por encima de mis estúpidos prejuicios. ¡Ojalá seas tú mi salvador!

-Tecla, amor mío, Yogui salta que se las pela.

Ella se quejaba de la vida monjil a la que la educación moralista de sus padres la había condenado. Su relación con los hombres siempre estuvo marcada por una moralidad culposa que le impedía disfrutar. Recién ahora se sentía liberada, "como una mujer con todos sus jugos" a decir de sus propias palabras. De la vida monjil sólo le quedó la afición por la biografía de los santos y mártires del cristianismo, una rémora inocente que colmaba sus necesidades espirituales.

-Si no espabilo me puede ocurrir lo que a Santa Margarita de Antioquía, a la que le cortaron la cabeza antes de catar hombre.

Fue en esa víspera de confesiones, en un comentario casual sobre una de sus experiencias con el sexo opuesto, cuando soltó el equívoco metafórico. Transcribo sus palabras.

*Tecla dice:*

Te juro Yogui que aquella noche estaba dispuesta a irme a la cama con ese tío, pero cuando se desnudó parecía un oso ¡Qué asco! Me largué sin recoger las bragas y lo dejé plantado.

*Yogui dice:*

Simulé una bajada de tensión y desconecté el ordenador. ¡Joder, a mí en la mili me llamaban el *osito Yogui* y no precisamente por la barriguita! Rebose pelos por todo el cuerpo y mi pecho en concreto desconoce la luz solar, tal es el grado de espesura. Si alguien merecía el calificativo de oso, ese era yo.

Había elegido el nick de Yogui pensando más bien en la ternura que inspiran los ositos y no en el viejo mito sobre la existencia de mujeres a las que les gustan los hombres de pelo en pecho. Pero Tecla odiaba a los hombres de pelo en pecho hasta el punto de escapar sin bragas. Aquella noche de víspera dormí con la decepción como compañera de cama, pero por la mañana me levanté con una inusitada energía y dispuesto a romper el maleficio que me rondaba estos últimos años. Lo primero que hice al llegar a la oficina fue tratar de concertar cita con carácter de urgencia en alguna clínica especializada en depilación masculina. Me resultó imposible.

–Lo que usted solicita es una carnicería.

Se asustaban ante la petición radical de que en una sola sesión me extirpasen la cortina de pelos que cubría mi cuerpo. La soledad, ya me veía hibernando en una cueva como los osos, me hizo pensar en mi perrita Marilín, fiel compañera del destierro al que me veía abocado. Y fue esta pequeña criatura la que propició la idea salvadora. Ella también era un ser peludo de cabeza a rabo y yo la solía llevar a la clínica veterinaria de debajo de mi casa para que me la acicalaran. La regentaba una vecina de mi bloque, Úrsula, mujer de senos paranormales y fuerte personalidad.

La telefoneé y se negó en rotundo. A ella también le pareció un despropósito el que me depilase a las bravas el cuerpo entero. Pero el corazón de Úrsula era tan grande como sus dos senos juntos y la pude convencer para que al mediodía lo tuviese todo preparado.

Cuando llegué a la clínica me esperaba junto a su marido, un taxista insensible curtido en la rudeza de la conducción urbana, que nos ayudaría en el trabajo sucio. Úrsula me explicó los pormenores:

-Te quitas toda la ropa menos los calzoncillos y te tumbas en la camilla. Dado el volumen y la reciura de tu pelo lo mejor será utilizar cera caliente. -Me mostró dos tarros industriales-. La tendremos que calentar en el microondas, así que me he agenciado una espátula con sensor de temperatura para no achicharrarte. Luego te pasaré una esponja vegetal empapada en agua tibia y te embadurnaré con crema balsámica para hidratar la piel. Tengo *Nolotil* por si fuese necesario. ¿Alguna pregunta?

Me desprendí de la ropa y dejé los calzoncillos.

-Ya puestos, quiero que también me rasures la zona testicular -me bajé los calzoncillos de un tirón-. No vaya a ser que Tecla nos salga melindres y la fastidiemos.

Decidimos comenzar por las piernas para así testar mi resistencia al dolor. Cuando Úrsula arrancó la tira de cera grité como un conejo y le pegué un patadón en una de las tetas. Úrsula abroncó a su marido y le ordenó que me amarrase bien.

-Si queremos que esto funcione hay que hacerlo rápido y sin miramientos. Contamos a la de tres y ya no paro hasta que las piernas estén acabadas.

El taxista se dejó caer sobre mi plexo solar mientras Úrsula me embadurnaba con la espátula.

-¡TRES! -gritó Úrsula saltándose el uno y el dos.

¿Es necesario o posible o medianamente útil describir la intensidad del dolor humano? Sólo testimoniar que mi cuerpo se rebeló contra el espíritu y trató de escapar de aquel suplicio soltando patadas a diestro y siniestro. Como Úrsula dejó caer su tetamen sobre mis piernas y siguió despegando las tiras ardientes, la impotencia me llevó a morder el brazo del taxista, que se defendió soltándome un

guantazo en todos los morros. Luego tuvo la ocurrencia de colocar en mi boca un hueso de plástico, de esos que se utilizan en las clínicas con los perros rabiosos. Fue así como mis piernas y mis nalgas quedaron libres de la horrenda vellosidad que las cubría.

Me levanté y me puse a dar vueltas alrededor de la camilla mientras el otro tarro de cera se calentaba. Las piernas parecían salchichas cocidas. Según pasaban los minutos el ardor subía de intensidad. Pensé en retirarme, en buscar otra mujer menos escrupulosa que supiese valorar el interior, pero me sorprendió la rapidez con la que el taxista me enganchó por detrás y me tumbó sobre la camilla, y el rictus sádico en el rostro de Úrsula, que se acercó hacia mí con el tarro de cera abrasiva y la espátula correosa. Intenté detenerla, exponer mis razones. El taxista cercenó cualquier intento de súplica incrustándome el hueso de perro en la boca.

Cuando Úrsula acabó con mi pecho, con los brazos y con la espalda, me sentía el maravilloso hombre antorcha. Me ayudaron a bajar de la camilla y me acerqué al espejo. Ya no odiaba a mis torturadores.

-¡AQUÍ ME TIENES, TECLA! -grité con los brazos en cruz-. ¡LIBRE DE PECADO COMO LOS SANTOS QUE TANTO ADMIRAS!

-Faltan los huevos -recordó Úrsula meneando la espátula.

Aunque traté de impedirlo, el taxista me encajó el hueso y me retorció el brazo con una habilidad marcial sorprendente.

-Nos debes una comida, sinvergonzón -dijo Úrsula justo antes de esparramar la cera hirviendo sobre los pelos amatojados que bordeaban mis testículos, pues el pene desapareció de la vista como por arte de magia.

La veterinaria cumplió su palabra y me limpió con una esponja natural empapada en agua tibia. Luego me cubrió de crema hidratante y apagó la luz de la sala. Me dejarían descansar un cuarto de hora para que me relajase y para que la crema hiciese su efecto reparador. Antes de abandonar la sala les pedí que me

acercasen la caja de *Nolotil* y el hueso de perro. Tal era el insoportable sufrimiento...

Como mi piel no aguantaba el roce de la ropa, me cubrieron con una bata de la clínica y me subieron a casa en volandas. Tuvieron la delicadeza de llenar la bañera con agua tibia para que tomase un baño reparador. La piel humedecida parecía calmarse y me quedé en remojo más de una hora, pero era consciente de que debía enfrentarme a la sequedad del mundo si quería que el sacrificio valiese la pena. Salí de la bañera y pensé en la indumentaria para la cita, a sabiendas de que debería sacrificar la estética por la comodidad. Después del divorcio adelgacé unos cuantos kilos, por lo que mi ropero rebosaba de prendas holgadas. Fue durante la elección de la ropa cuando sentí nuevamente los ardores, mi cuerpo volvía a convertirse en una antorcha, una leña avivada desde dentro. En unos segundos el dolor se hizo tan insoportable que pensé en arrancarme la piel a tiras. En alguna medida el baño de agua tibia había detenido (o agravado) el proceso, y ahora todo el calor acumulado en el cuerpo emergía y trataba de liberarse. La cera me había quemado algunas zonas provocando pequeñas burbujitas que estallaban al más mínimo roce, los testículos saltaban dentro de su bolsa como si estuviesen en plena cocción, y una herida profunda en la cara interna del muslo empezaba a supurar. Allí la cera había arrancado carne además de pelos. Fue en ese momento cuando lloré.

-Tecla, princesa mía, tu héroe ha sido derrotado en injusta liza. -Me observé el cuerpo abrasado-. Imposible llegar a la cita.

Me derrumbé sobre el suelo. Las losas frías atemperaron la calentura de mi cuerpo mientras los primeros sopores de los *nolotiles* surtían efecto.

Cuando me desperté faltaba hora y media para la cita. Aunque el dolor intenso había desaparecido, el cuerpo me seguía ardiendo por dentro. Para caminar me veía obligado a mover las piernas y los brazos como un robot. Con todo, me sentía capaz de llegar al restaurante japonés donde había quedado con

Tecla, pues comprobé que los analgésicos tomados a pares me calmaban durante cierto tiempo. El problema era soportar la ropa en contacto con la piel.

Recordé que en el armario de verano guardaba un bote de crema solar. Cogí el bote y el juego de sábanas horteras que me tocó en el reparto de liquidación de gananciales. Corté la sabana en tiras a modo de vendas, me embadurné con crema solar las partes más erosionadas, fajé las zonas de roce y me vestí con la ropa más holgada que encontré. Como no me veía en condiciones de conducir llamé al taxista depilador y me planté en la puerta del restaurante justo diez minutos pasadas las nueve. Avancé resolutivo hacia el fondo del local donde creí reconocer la figura de Tecla, que aguardaba la llegada de su salvador comiéndose las uñas.

La cadencia del habla de aquella mujer con voz de soprano, su figura amorcillada y a la vez voluptuosa, el insinuante juego de manos, que ora se acercaban ora se alejaban de las mías, la caída de los párpados al ruborizarse por algún comentario picantón, la rebeldía consumada ante la educación mojigata de sus padres de la que tanto se vanagloriaba y, por sobre todo, sus dos grandes tetazas espongiiformes, me convencieron desde el primer momento y superaron ampliamente mis mejores expectativas. Dado mi estado, yo le debí parecer un poco insípido.

-Te noto apagado. ¿Ocurre algo?

¿Apagado? Si ella supiese. Una intensa calentura seguía recorriendo mi cuerpo. Sobre todo en la herida del muslo, que escupía lava sobre los testículos incandescentes provocándome latigazos de dolor que a duras penas lograba disimular. Me molestaban hasta las vendas. Pensé en ir al baño y aflojarlas (mi intención era desprenderme de las vendas en el baño del hotel antes de acostarme con Tecla para que no sospechase nada. Luego haríamos el amor en la oscuridad, tal como a ella le gustaba por su timidez, y jamás descubriría el engaño). De momento saqué un par de analgésicos y me los tragué a palo seco.

-¿Nervios? ¿Colesterol? -preguntó.

Cambié de tema y me vanaglorié de su actitud ante aquel impresentable que le pareció un oso.

-Hiciste muy bien en largarte. Son increíbles los pelajes que se gastan algunos tíos. Depilarse no cuesta tanto.

-¿Qué dices? ¡A mí me pone supercaliente un tío con una buena mata de pelo en el pecho! -se inclinó y bajó la voz para que el resto de comensales no la escuchasen-. Tú tienes pinta de que los pelos te llegan hasta los huevos -y se sonrió picarona tapándose la boca.

La miré fijamente a los ojos. Debió ser una mirada demasiado fría por la impresión que le causó. Inconscientemente mi mano agarró el tenedor y lo apretó con fuerza. Ella percibió la tensión.

-Yogui, cariño, me estás asustando. ¿Esas pastillas de antes no serían drogas?

Solté el tenedor y me limpié el sudor de la frente con la servilleta. Respiré hondo.

-Vamos a ver Tecla. Tú me dijiste, lo recuerdo perfectamente, que cuando el tipo ese se desnudó te pareció un auténtico oso. Sentiste tanto asco que perdiste hasta las bragas.

-¡Claro que parecía un oso! Tenía las uñas de los pies mugrientas y grandes como garras. ¡A cualquiera le daría asco un tipo así! Sólo de recordarlo siento ganas de vomitar.

Agarré los extremos de la mesa con tanta fuerza que las copas se tambalearon. Me incliné hacia ella e intenté explicarme, hacerle entender lo evidente, la diferencia tajante entre la metáfora popular de "parecerse a un oso", utilizada para referirse a alguien excesivamente peludo, y la otra metáfora no menos popular de las "uñas de águila" cuando lo que se quiere manifestar es el desagrado que nos producen las pezuñas largas y descuidadas. Pero un cansancio



infinito me invadió y los ojos se me nublaron.

—¿Por qué lloras, Yogui?

Me levanté de la mesa y me fui al baño. Metí la cabeza debajo del chorro de agua fría. Luego me desnude por completo y deslié las vendas procurando no arrancarme la piel. Mi cuerpo y mi alma ya no soportaban tanto suplicio. Estar desnudo era lo más agradable para mi cuerpo, así que hice un ovillo con la ropa y la tiré a la papelera. Mientras orinaba con el culo al aire leí la frase escrita a rotulador en la pared: "*Joven pasivo se ofrece a oso velludo para dejarse acurrucar*", y un número de teléfono.

Salí del baño y me paseé por entre las mesas del restaurante buscando la salida. Algunos comensales torcieron el gesto y amagaron el vómito. Mis ampollas les impresionaban tanto como la desnudez de mi cuerpo.

Yo también me llevaba un dolor añadido: la certeza del saber que ni los homosexuales se acostarían conmigo. Y todo por el equívoco metafórico de una inculta mujer obsesionada con la vida de los santos y mártires del cristianismo.